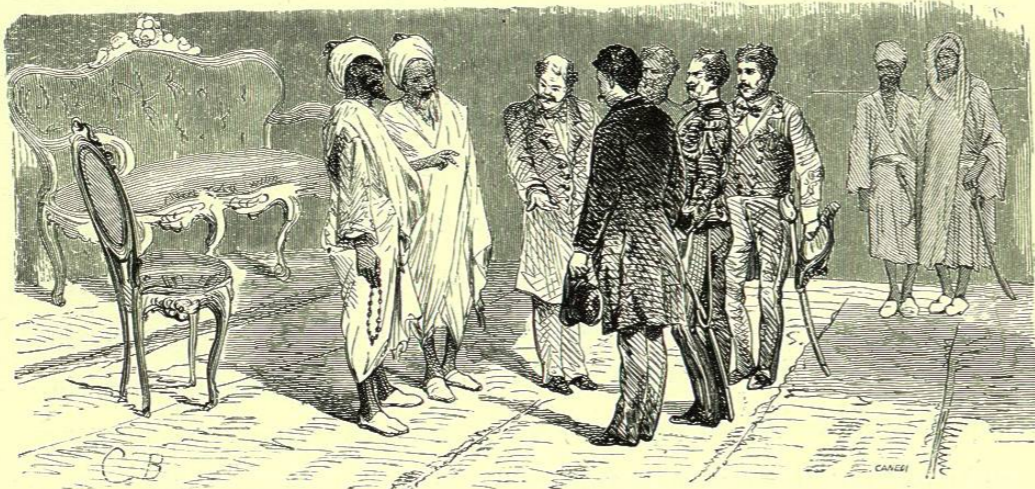


presentación no daba lugar á comentarios. En cambio la mía exigía explicar en cierto modo la clase de asuntos en que me ocupaba. El encargado lo hizo en términos hiperbólicos. Sidi-Bargas recapacitó durante un rato, al cabo del cual dijo al intérprete algunas palabras que éste tradujo del modo siguiente:

—Su excelencia pregunta, por qué razón, teniendo una mano tan hábil, vuestra señoría la lleva cubierta. Vuestra



El autor es presentado al ministro de Negocios extranjeros y al gobernador

señoría debería quitarse el guante para que pudiera verse la mano.

El cumplido era para mí tan nuevo, que por de pronto no se me ocurrió una sola palabra con que corresponder al mismo.

—No es menester, — observó el encargado de Negocios, — porque la facultad reside en la cabeza y no en la mano.

Después de esto, habría creído cualquiera que estaba todo dicho; pero cuando un moro se agarra de una metáfora no la suelta á tres tirones.

—Cierto, — hizo responder su excelencia; — pero la mano es el instrumento y hasta el símbolo de la facultad del entendimiento.

La discusión continuó durante algunos minutos.

—Es un don de Alá, — concluyó finalmente Sidi-Bargas.

—¡Avaro Alá! — dije para mi interior.

La conversación duró un buen rato girando casi siempre sobre el viaje, y reduciéndose á una larga enumeración de nombres de los gobernadores, provincias, ríos, valles, montes y llanuras que habíamos de encontrar en nuestro camino; nombres que sonaban á mi oído como otras tantas promesas de acontecimientos maravillosos, y excitaban extraordinariamente mi ya inquieta imaginación. ¿Qué era la montaña Bermeja? ¿Qué espectáculo desconocido nos guardaban las ondas del río de las Perlas? ¿Qué hombre podía ser un gobernador apellidado el Hijo de la yegua? Nuestro encargado hizo algunas preguntas relativas á la distancia, al agua y á la sombra. Sidi-Bargas lo tenía todo en la uña, siendo indispensable convenir en que en este punto estaba muy por encima de Visconti-Venosta, que se vería en la imposibilidad de manifestar á un embajador extranjero, cuántos manantiales de agua pura y cuántos grupos de árboles se hallan en el camino de Roma á Nápoles. Por último, nos deseó un viaje feliz por medio de la fórmula: «La paz sea en vuestro camino,» y acompañó al encargado hasta la puerta estrechando cordialmente la mano á todos. El caid Misfui, mudo siempre, nos alargó la punta de los dedos, sin levantar los ojos del suelo. «La mano, dije para mí, tendiéndole la mía, no hay inconveniente; en cuanto á la cabeza, ya es otra cosa.»

Hallábamonos ya fuera de la sala, cuando nos alcanzó de nuevo el ministro.

—¿Qué día se emprende la marcha?—preguntó al comendador Scovasso.

—El domingo, — contestó éste.

—Partid el lunes, — observó Sidi-Bargas en tono sentencioso.

El encargado le hizo preguntar la causa.

—Es día de buen augurio, — contestó seriamente; y haciendo una nueva reverencia desapareció.

Más tarde supe que Sidi-Misfiui goza entre los moros fama de hombre docto, hasta tal punto que fué maestro del Sultán reinante, y que, según revela su semblante, es un musulmán fanático. Sidi-Bargas goza la reputación, más agradable, de consumado jugador de ajedrez.

Tres días antes de la marcha, la callejuela en que se halla situada la casa de la Legación estaba llena de curiosos.

Diez grandes camellos, que anticipándose á nuestra llegada debían conducir á Fez una parte de la provisión de vino, vinieron consecutivamente á arrodillarse ante la puerta para recibir la carga que les estaba destinada, y marcharon acompañados de una escolta de criados y gente de armas. En aquellos últimos días redobló el trabajo y la bulla en el interior de la casa. Á los criados y á los soldados de la Legación se unieron los siervos venidos de Fez. Continuamente llegaban nuevas provisiones. La casa parecía al par una oficina, un almacén y un embarcadero. Por un momento se temió que no bastara el tiempo á los trabajadores para poderlo disponer todo antes del día fijado para la partida; pero el domingo por la tarde, 3 de Mayo, todo se hallaba dispuesto, inclusa la elevadísima asta de una desmesurada bandera tri-



La carga de los camellos

color que debía ondear en medio de las tiendas; y por la noche pudieron cargarse sobre las mulas todos los bagajes, que partieron el lunes por la mañana, muchas horas antes que nosotros, á fin de que, llegada la noche, encontráramos el campamento dispuesto en el lugar de la etapa.

Siempre recordaré con gratísima emoción aquellos posteriores momentos que antes de emprender la marcha, pasamos en el patio de la casa consular.

Todos estábamos prontos. El día antes habían llegado, para reunírsenos, un antiguo amigo del encargado de Negocios, el señor Patxot, antiguo ministro de España en Tánger, y el señor Morteo, genovés, agente consular de Italia en Mazagán. El médico de la caravana, que era natural de Argel, se llamaba Miguérez, y allí se encontraban además Mohamed-Ducali, rico moro que acompañaba á la caravana en calidad de escribano; Salomón Aflalo, segundo intérprete ó dragomán de la Legación; dos marineros italianos, el uno ordenanza del comandante Cassone, y el otro calafate del *Dora*; los soldados de la Legación, de gran gala, los cocineros, los operarios, los siervos, personas desconocidas todas, que dos meses de vida común, en el interior de Marruecos, debían hacerme familiares, y las cuales me preparaba á estudiar desde aquel momento, una á una, con el propósito de hacerlas hablar y moverse en el libro que me forjaba en la mente. Todos tenían en el vestir algo particular, que daba á la reunión un aspecto extraordinariamente pintoresco. Sombreros empenachados, capas blancas, gorros turcos, velos, morrales, mantas de vivos colores: con las pistolas, barómetros, cuadernos, álbums y gemelos de campaña, había para surtir un bazar. No parecía sino que íbamos á emprender una expedición al Cabo de Buena Esperanza. Doquier reinaban

la impaciencia, la alegría y la curiosidad. Para que nada faltara, teníamos un tiempo bellissimo y una brisa encantadora. Mahoma estaba por Italia.

Á las cinco en punto el embajador montó á caballo, y se izaron las banderas, en señal de saludo, en la azotea de la Legación.

Preocupado como estaba con mi cabalgadura, en aquel



La caravana en marcha

peligroso tumulto de la partida, sólo confusamente recuerdo la muchedumbre que llenaba la calle de bote en bote; las hermosas judías que se asomaban á las azoteas para vernos pasar, y un muchacho árabe que en el momento de salir por la puerta del Zoco, con acento extraño, exclamó: — ¡Italia!

Ya en el Zoco se agregaron á nuestra comitiva los representantes de todas las Legaciones, para acompañarnos, según costumbre, hasta algunas millas de Tánger; y todos

juntos emprendimos el camino de Fez, confusos en alegre y regocijada cabalgata, al frente de la cual, sirviendo de guía, y azotado por el aire, ondeaba el verde estandarte del Profeta.



Salida de la caravana hacia Fez